

biera traído cualquier otra persona, las rechazaría resueltamente... Pero el título, la posición y aun el talento de usted, le dan derecho á mayor benevolencia... Publicaré el volumen, pero...

La señora de Sortais, sin parar mientes en todo lo que había de irónico en las manifestaciones del editor, se fué derecha al lado práctico del asunto.

— Muy bien caballero; pero desearía saber por qué rechazaría usted esta obra, si la hubiese traído otra persona.

— Dios mío, señora, porque es una obra sencillamente inútil. Me asombra que no se dé usted cuenta del inconcebible desenfreno de producción literaria que estamos padeciendo. Todo el mundo escribe ó quiere escribir. Hay más libros que lectores. El público retrocede espantado ante los escarapates de las librerías, donde se amontonan cubiertas de todos colores, y se marcha sin elegir, murmurando: « ¡Son demasiados! » Ya es hora de que los editores nos hagamos cargo de la crisis gravísima que esta sobreproducción ha creado al mercado de libros. Hay que tener cuidado de evitar que la sociedad se ahogue en un diluvio intelectual. Y la primera medida que debe adoptarse es la de contener la lluvia de libros, haciendo severa selección en las publicaciones. Tales son, señora, los motivos por los cuales, si cualquiera otra persona que no fuese usted, me hubiese traído este manuscrito, hubiera yo tenido el sentimiento de rechazarlo resueltamente.

— Bueno, señor mío ¡eso es hablar con fran-

queza! Estoy encantada con la explicación. Respecto al juicio que usted ha formado acerca de la inutilidad de mi obra ¿quisiera ser tan amable que me indicase los motivos?...

— Creo que mi juicio lleva en sí la explicación. Esta obra, llena de bellezas, no encierra nada nuevo. Es música ya conocida y que ha sido ejecutada por maestros. ¿Una repetición más?... Está muy bien, pero... ¡es inútil! Si usted me contestara: « Dispense; necesito vivir, y espero obtener algún beneficio con esta publicación. Es preciso que trabaje en mi oficio, y mi oficio es escribir. » Entonces, poco ó nada tendría yo que objetar. El genio es raro, y el talento tiene sus derechos. Ahora bien, en esta obra, no falta talento. Pero usted no puede decirme que necesita escribir para vivir. Resulta, pues, una producción abusiva. Usurpa usted el sitio de otro, y se coloca absolutamente en las condiciones del que escribe por afición del que *hace esto* para distraerse y para pasar el tiempo. Precisamente á este género de producción estamos obligados los editores á poner coto.

— ¿Y, sin embargo, me publica usted el libro?

— Si, señora.

— ¿En qué condiciones?

— A expensas de usted, y sin concesión de ninguna clase. Es preciso que este libro le cueste caro.

— ¿Por qué?

— Porque el dinero que usted ha de abonar ingresará en mi caja y me servirá para pagar á un autor

desconocido, cuyo primer libro, promesa de obras magníficas, no tendrá probabilidades de venderse.

— Muy bien, caballero; me parece perfectamente discurredo, — dijo la Marquesa con cara risueña. — Me agrada extraordinariamente cuanto le acabo de escuchar. Ahora, hábleme de mi libro. ¿Lo ha leído usted?

— Leo todo lo que publico.

— Déme su opinión sincera,

— ¿No se la he dado á usted, hace un momento?

— Usted me ha dicho que mi obra era inútil, pero eso no es un juicio literario. Si todo lo inútil debe suprimirse, suprimamos á la humanidad. Porque, en resumen, esa teoría concede el derecho de vida á lo excepcional. Lo excepcional en literatura es la obra maestra. ¿Cuántas puede señalarme en la producción universal y en el transcurso de los siglos?

— ¡Ah! Poquísimas, es cierto.

— Y ¿cómo las aprecia usted? ¿Con auxilio de qué balanzas, especiales é infalibles, pesa el mérito? ¿Cómo sabe, al recibir un manuscrito, si es una obra maestra ó un libro inútil? ¿Tanta seguridad tiene en el juicio propio? ¡Me admira que se pase usted el año entero lanzando montones de papel á las máquinas impresoras, primero, y al taller de encuadernación después, para lanzarlos, por último, al torrente del público! Porque, si usted no posee esas intuiciones proféticas que permiten descubrir

el signo revelador de la obra maestra ¿con qué derecho declara que un libro es inútil ó no lo es?

— ¡Oh! Señora, hay muchos datos para guiarme. Ante todo la condición del autor. Hay ya muchas probabilidades, cuando trato con un aficionado...

— ¿Qué significa eso? — interrumpió la Marquesa, con altanería. — Expliquémonos, de una vez para siempre, sobre el título de aficionado. ¿Entiende usted que es aficionado el que no se consagra profesionalmente al oficio de escribir?

— Efectivamente, señora.

— Entonces, el vizconde de la Rochefoucault, cortesano, á pesar de sus *Máximas*... ¿es un aficionado? Y Montaigne, soldado y diplomático... ¿otro aficionado? Y el párroco de Meudon, creador de Gargantúa... ¿aficionado, también? Y La Bruyère y Saint-Simon, y... No sigo; tendría que citar todas las glorias de la literatura francesa. Y si usted quiere que pasemos la frontera...

— ¡No! ¡No! — gritó Parisot, con gesto de protesta festiva. — ¡Demonio! Me he metido en una discusión enojosa, y veo que he desafiado á un enemigo peligroso... Pero, no obstante, me concederá usted que, en este siglo, algunos profesionales, como Victor Hugo, Balzac, Alejandro Dumas y Jorge Sand, realzan un poquito la literatura de oficio; y no quiero hablar de los escritores contemporáneos, que, también, tienen su mérito.

— ¡Oh! ¿Quién lo discute? Es la intransigencia de usted la que me lleva á estos extremos. Conven-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE..."
1940. 1025 1025

gamos, pues, sencillamente en que la misión de los editores es publicar libros, á la buena de Dios, sin que sea preciso que se precipiten demasiado para establecer jerarquías. Resumiendo, la suerte acaricia las frentes que se le antojan. Muy perspicaz ha de ser el que adivine dónde y por cuánto tiempo ha de fijarse esa gran caprichosa, suponiendo que le plazca guardar fidelidad alguna vez.

— Señora, — dijo Parisot — al oír la amplitud de criterio y la agudeza de ingenio con que discute, voy sintiendo verdadera confianza en el triunfo del libro de usted.

— ¡ Ah! ¿ Va usted á adularme ahora?... ¿ No es bastante tratarme como aficionada y quiere tratarme como mujer?

— He depuesto las armas, y supongo que este no será el único negocio editorial que realicemos...

— Fío en ello, — exclamó amablemente la Marquesa. — Hemos inaugurado relaciones que, espero, serán duraderas. Todos los viernes por la tarde me quedo en casa. Hágame el obsequio de devolverme esta visita. Será usted bien recibido.

— Y ¿ me encontraré con mi amigo Treillard?

La Marquesa fijó en Parisot una mirada casi amenazante. Pero, al ver el despejado rostro del editor, comprendió que no se trataba de una alusión á sus relaciones momentaneamente interrumpidas con el literato. Así, pues, le contestó :

— Realmente, no lo sé. El querido maestro me ol-

vida, desde hace algún tiempo. Está trabajando, según creo, en su comedia...

— Ya la ha terminado.

— Entonces se dejará ver. Pero me promete que no será por encontrarse con Treillard, por lo que usted vaya á mi casa...

— Treillard y yo, sin necesidad de buscarnos, tenemos ocasiones de vernos con frecuencia... Pero, señora, hemos hablado de cien cosas, excepto de la más importante : de nuestro contrato.

— ¿ Para qué? — murmuró, con acento desdeñoso, la señora de Sortais. — ¿ No sé ya á que atenerme? usted se propone cobrarme carísimo... No he de discutir...

— ¡ Oh! señora, permítame — observó, alarmado, Parisot. — Ni soy ni quiero que se me crea un explotador sin vergüenza... Usted abonará los gastos de la edición y tendrá su cuenta de autor abierta en la casa.

— ¡ Bueno! ¡ Bueno! señor Parisot, — exclamó la dama, sacando partido de la situación. — Confío en la delicadeza de usted... Sé con quién estoy tratando... Nos entenderemos fácilmente. Para mí, lo importante es dejarle encomendados mis intereses literarios... Para complemento puede enviarme el contrato... Lo firmaré sin leerlo...

— De ningún modo, señora... Estos asuntos hay que estudiarlos antes de adquirir compromisos.

— ¡ Basta! Tengo confianza en usted y ya se lo demostraré cumplidamente...

Se levantó, le tendió la mano con ademán de superioridad condescendiente, y se dirigió hacia la puerta, acompañada por el editor que se deshacía en atenciones.

Ante el ordenanza, que lo contemplaba estupefacto, Parisot salió al vestíbulo y llegó hasta la puerta de entrada, prodigando saludos y cortesías. Cuando la aristócrata se marchó, el editor se volvió al despacho, con la cabeza baja y refunfuñando entre dientes :

— ¡ Demonio de mujer ! ¡ Si llega á insistir, capaz hubiera sido de haberme hecho que le pagase los derechos de autor !

Y, mientras tanto, el que había determinado en el pensamiento, habitualmente tan sereno de la señora de Sortais, aquella turbación soportada á duras penas, se hallaba dominado por agitación que no conseguía vencer. Pretendió introducir el desorden en las combinaciones de la artificiosa y linajuda dama, y sólo había logrado desorganizar completamente la vida propia. Cuando remitieron las primeras fiebres del orgullo, sintióse desalentado, faltar de ideas, abatido. Mientras tuvo la obligación de trabajar para terminar la comedia empezada, pudo engañarse á sí mismo. Pero, ahora, no se forjaba ilusiones. La existencia, sin el alimento delicioso que le suministraba la intimidad con la Marquesa, se le antojaba muy sombría. Continuaba encerrado, ocioso, aguardando sin saber qué.

Llevaba tres días sin salir á la calle, matando el

tiempo tumbado en un diván, fumando cigarrillos, cuando un atardecer recibió la más violenta de las sorpresas. La criada entró atropelladamente en el gabinete, y le dijo :

— Señor, aquí está la señorita Barel...

Apenas si tuvo tiempo para ponerse de pie cuando Florisa se presentó. Una ojeada le bastó para ver los almohadones arrugados y para examinar el semblante de Andrés, hallándolo pálido y triste. Arrojó sobre la mesa un ramo de violetas que llevaba en el manguito y, tendiendo la mano á su amigo :

— ¡ Bueno ! ¿ Qué pasa ? ¿ No se encuentra bien ? ¡ Tiene usted cara de desenterrado ! Y hasta creo que estaba usted durmiendo cuando he llegado.

— No ; no dormía ! — contestó, — ¡ soñaba !

— ¿ Puede decirme en qué ?

— ¡ Ah !.. En todo género de necedades, que me guardaré mucho de referir á usted...

— ¿ Por qué razón ? ¿ No tiene confianza en mí ? El escritor miró irónicamente á la joven :

— ¿ Me promete usted pagarme bien la confianza ?...

— No, por cierto ; no puedo prometer lo que probablemente no podré cumplir.

Andrés exhaló un suspiro :

— Nunca, Florisa, me acostumbraré á tratar á usted como á un camarada.

La escritora hizo un gesto brusco, y sus facciones se contrajeron :

— Y, sin embargo, no puede pretender ser otra cosa

para mí, sobre todo después de haberme demostrado de un modo tan completo que sabe usted guardar su independencia...

— ¡Ah! ¿Era yo dueño de mis resoluciones? ¿Podía usted esperar que yo continuase á su lado, fosilizándome, admirándola, como un Babín ó un Malatiré?... ¿Soy un anciano ó un eunuco? No, Florisa... ¡era exigirme demasiado! ¡Me juzgaba mal ó no se conocía usted! Yo la amaba sinceramente y usted me rechazó con dureza...

— ¡Y por eso mismo se fué á consolarse con su Marquesa!

— La Marquesa, que no es mi Marquesa, me ha tratado tan mal como usted aunque de distinto modo. Es una coqueta desvergonzada, una criatura sin corazón, una muñeca de lujo, una de esas lindas damiselas que se dejarían matar á cambio de eclipsar á sus rivales y que sacrificarían á la humanidad entera con tal de obtener una satisfacción para su orgullo. ¡Podredumbre con faldas, cieno cubierto de encajes!... ¡Eso y nada más que eso!

— ¡Qué exageración! — exclamó Florisa. — Eso me demuestra que aún existe deseo, si no amor. En resumen ¿qué ha conseguido usted de ella?

— ¡Nada! Sonrisas falsas, palabras engañosas, esperanzas incumplidas. Le pedí que me quisiera. Me contestó invitando á comer. Es una mujer que se considera en paz con las personas, atracándolas de trufas y hartándolas de *Champagne*.

— ¿No tiene usted bastante con eso?

— ¡No! No me contento con estar alimentado.

— ¿Le gustaría á usted más estar acostado?..

Andrés dirigió á Florisa una mirada de censura.

— ¿Es caritativo que venga usted á burlarse de mí?

— Pues ¿qué quiere que haga? No voy á tomar por lo trágico su fracasado flirteo de con esa amable mundana. ¿Esperaba verme cargando la pistola de Werther? No, amigo mío, Vamos, déjeme dirigirle algunas preguntas, porque sospecho que ha debido usted pilotar pésimamente su barca, La Marquesa en cuestión es una mujer que escribe, y, en tal concepto, fijó su elección en usted.

— Es indudable.

— Luego, tenemos cálculo de su parte. ¿Ha hecho la Marquesa que usted irabaje en el arreglo de sus versitos?..

Viendo que Treillard se callaba, Florisa continuó:

— ¿No quiere contestarme? ¿Secreto profesional? ¡Perfectamente! Estimo mucho esa discreción. Pero no me dejo engañar. Quedamos en que la dama logró seducirle, y, cuando llegó el instante de ajustar cuentas, como, de momento, no tenía necesidad de usted, se escurrió sin pagar. ¡Es lo eterno! No hay nada que criticar. Usted debió prevenirse con tiempo y no aguardar hasta el final.

Treillard se levantó, paseó agitadamente por el gabinete, y después, deteniéndose ante Florisa:

— Luego ¿cree usted que entre esa mujer y yo debía tratarse de un capricho pasajero? ¿Podía darme yo por satisfecho con eso?